

LA VICTORIA DE DIOS EN LA BATALLA

Se dio otra crisis cuando los amalecitas pelearon contra Israel en Refidim (vers.^o 8). Moisés puso a Josué a cargo de las fuerzas de Israel. Luego, acompañado por Aarón y Hur, subió a la cumbre de un collado que miraba al campo de batalla (vers.^{os} 9, 10). Cuando Moisés levantaba las manos, la batalla favorecía a Israel, cuando se cansaba y bajaba las manos, prevalecía Amalec (vers.^{os} 11, 12a). Por lo tanto, Aarón y Hur le proveyeron una piedra para sentarse y levantaron sus manos (vers.^o 12b). Israel ganó la batalla (vers.^o 13).

Dios decretó que Israel estaría continuamente en guerra con Amalec y dio instrucciones a Moisés para que escribiera este hecho en un libro; a Israel le fue dicho que Dios raería del todo la memoria de Amalec (vers.^o 14). Moisés erigió un altar en memoria de la victoria de Israel (vers.^{os} 15, 16).

EL ENEMIGO (17.8, 9)

⁸Entonces vino Amalec y peleó contra Israel en Refidim. ⁹Y dijo Moisés a Josué: Escógenos varones, y sal a pelear contra Amalec; mañana yo estaré sobre la cumbre del collado, y la vara de Dios en mi mano.

En esta ocasión, los israelitas se enfrentaron a un problema de origen humano. «Amalec», un pueblo que habitaba en el desierto del Sinaí y en la parte sur de Canaán, vino y luchó «contra Israel en Refidim» (vers.^o 8). Tal vez, vieron a Israel como una amenaza a su territorio y medio de subsistencia, al igual que los edomitas tiempo después (vea Números 20.14–21).¹ Sin embargo, el ataque de Amalec no se describe como un intento por defender su propio territorio, sino como un intento por saquear a Israel. Por lo tanto, Dios declaró que

¹ S. R. Driver, *The Book of Exodus (El libro de Éxodo)*, The Cambridge Bible for Schools and Colleges (Cambridge: University Press, 1953), 158.

Israel había de «raer [...] la memoria de Amalec». Deuteronomio 25.17–19 dice:

Acuérdate de lo que hizo Amalec contigo en el camino, cuando salías de Egipto; de cómo te salió al encuentro en el camino, y te desbarató la retaguardia de todos los débiles que iban detrás de ti, cuando tú estabas cansado y trabajado; y no tuvo ningún temor de Dios. Por tanto, cuando Jehová tu Dios te dé descanso de todos tus enemigos alrededor, en la tierra que Jehová tu Dios te da por heredad para que la poseas, borrarás la memoria de Amalec de debajo del cielo; no lo olvides.

LA BATALLA (17.10–13)

¹⁰E hizo Josué como le dijo Moisés, peleando contra Amalec; y Moisés y Aarón y Hur subieron a la cumbre del collado. ¹¹Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec. ¹²Y las manos de Moisés se cansaban; por lo que tomaron una piedra, y la pusieron debajo de él, y se sentó sobre ella; y Aarón y Hur sostenían sus manos, el uno de un lado y el otro de otro; así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol. ¹³Y Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada.

Moisés le encargó a Josué reunir una fuerza militar de entre los israelitas para luchar contra los amalecitas. Él mismo estaría sobre un collado con vista a la batalla, con «la vara de Dios» en su mano (vers.^o 9). La «vara de Dios» en las manos de Moisés fue el instrumento que Dios había usado con frecuencia para lograr cosas grandes. Moisés aparentemente tenía la intención no únicamente de ver la batalla, sino también alentar a las tropas y asegurar la ayuda de Dios mediante el uso de la vara de Dios.

Josué salió con sus soldados al día siguiente para luchar contra los amalecitas. «Moisés», acompañado por «Aarón» y «Hur»,² subieron a «la

² A Hur y a Josué se les menciona en la narración por

cumbre del collado» (vers.º 10). De pie sobre el collado, Moisés «alzaba [...] su mano», lo más probable sosteniendo la vara. Cuando lo hacía, Israel ganaba ventaja en la batalla (vers.º 11).

Eventualmente, Moisés se cansaba y tenía que bajar su mano. Cuando lo hacía, los amalecitas comenzaban a ganar. Por lo tanto, para asegurar la victoria de Israel, Aarón y Hur le proporcionaron una piedra a Moisés sobre la cual sentarse y levantaron sus manos todo el día, «hasta que se puso el sol» (vers.º 12). La batalla terminó con una aplastante victoria de Israel sobre los amalecitas (vers.º 13).

¿Qué papel jugó en la victoria el hecho de que Moisés tuviera sus manos levantadas? Nahum M. Sarna sugirió tres posibilidades: 1) Las manos extendidas de Moisés representaban la oración o la súplica. Sin embargo, como dijo Sarna: «No podemos asumir que Moisés dejara de orar cuando sus manos flaqueaban». 2) En vista de que en el antiguo Cercano Oriente la mano era señal de poder o fuerza, la mano alzada de Moisés mediaba «poder divino para los guerreros israelitas». Si esta explicación es correcta, dijo Sarna, «no hay ritual mágico ni fórmula mágica en ello». 3) Una tercera posibilidad, que Sarna halló convincente, es la sugerencia «de que Moisés levantara un estandarte que sirvió para repuntar las fuerzas israelitas y levantar la moral». Puede que la evidencia de esta posibilidad esté en el hecho de que el altar que Moisés edificó para conmemorar el evento fue llamado «Jehová-nisi», esto es, «Jehová es mi estandarte».³

El propósito principal por el que Moisés levantó sus manos era demostrar que la victoria fue ganada por el poder del Señor, no por el poder del ejército de Israel. El hecho de que el Señor era el verdadero vencedor en la batalla hubiera sido aún más evidente si Moisés sostenía la «vara de Dios» en su mano levantada. La vara podría haber llegado a ser el «pendón» o «estandarte» que, cuando visto por las tropas, los hacía repuntar y luchar con una

primera vez en este pasaje, sin dar explicación ni identificándoles más. Obviamente, Moisés creyó que sus lectores ya estaban familiarizados con ellos. Josué era el segundo al mando después de Moisés. Hur fue, obviamente, uno de los lugartenientes de Moisés, quien, junto con Aarón, podría quedar a cargo cuando Moisés estuviera ausente (24.14). De acuerdo con una tradición registrada por Josefo (*Antigüedades* 3.2.4), Hur fue el marido de María (y cuñado de Moisés). (Nahum M. Sarna, *Exploring Exodus: The Origins of Biblical Israel [Análisis de Éxodo: Los comienzos del Israel de la Biblia]* [New York: Schocken Books, 1996], 122.)

³ Sarna, 122–23.

determinación y confianza aún mayores.

EL MEMORIAL (17.14–16)

¹⁴Y Jehová dijo a Moisés: Escribe esto para memoria en un libro, y di a Josué que raere del todo la memoria de Amalec de debajo del cielo. ¹⁵Y Moisés edificó un altar, y llamó su nombre Jehová-nisi; ¹⁶y dijo: Por cuanto la mano de Amalec se levantó contra el trono de Jehová, Jehová tendrá guerra con Amalec de generación en generación.

En la primera mención de escritura en la Biblia,⁴ Dios le dijo a Moisés que registrara en un libro el hecho de que destruyera a Amalec. La instrucción de Dios dada a Moisés en cuanto a decirle a Josué lo que había escrito indica que Josué había de ser el que lo sucediera.

Después de este incidente, las referencias al pueblo de Amalec se encuentran únicamente en el contexto de enemistad con Israel. Hay dos casos que sobresalen de manera especial. 1) En Números 14.39–45, después de que los israelitas pecaron en relación con el informe de los doce espías y fueron condenados a pasar toda una generación en el desierto, el pueblo decidió que entraría en la tierra de todos modos. Cuando trataron de hacerlo sin la aprobación ni ayuda de Dios, fueron derrotados por «el amalecita y el cananeo». 2) En 1º Samuel 15.2, el Señor le dijo a Saúl por medio de Samuel: «Yo castigaré lo que hizo Amalec a Israel al oponérsele en el camino cuando subía de Egipto». A Saúl luego se le encargó destruir por completo a los amalecitas, sin embargo, no lo hizo (1º Samuel 15.3–9).

Para conmemorar la victoria sobre los amalecitas, «... Moisés edificó un altar,⁵ y llamó su nombre Jehová-nisi». Al parecer, en ocasión de la dedicación del altar, repitió lo que el Señor había dicho, a saber: que tendría guerra con Amalec «de generación en generación».

CONCLUSIÓN

A medida que Israel se acercaba al Monte Sinaí, vieron de nuevo el poder de Dios cuando ganaron la batalla contra Amalec. Una y otra vez, se nos recuerda del poder de Dios.

⁴ *Ibíd.*, 123.

⁵ Israel a menudo edificó monumentos o altares, o amontonaba piedras para conmemorar grandes eventos en la vida del pueblo de Dios. Veá, por ejemplo, Josué 4.1–7.

CUANDO DIOS «GUARDA RENCOR» (17.14–16)

Las palabras de Éxodo 17.14–16 sugieren que el Señor guardó rencor contra Amalec. Su aversión para con esa nación se mantendría hasta que fueron destruidos por completo. Esto suena extraño, sobre todo porque Dios nos prohíbe guardar rencor (Levítico 19.18; Colosenses 3.13). Consideremos cómo Él trató con Amalec en los días de Moisés y qué quiere decir, para quienes son como ellos hoy, Su actitud para con los amalecitas.

DIOS Y AMALEC

¿Cómo trató Dios con Amalec? En Éxodo 17, Israel había sido liberado de Egipto. Viajaban a través del desierto camino al Monte Sinaí, donde recibirían la ley de Dios. En el camino, se encontraron con dificultades que los llevó a quejarse, sin embargo, Dios les suplió el agua (cap. 15) y el alimento (cap. 16) que necesitaban. Luego, llegaron a Refidim, un lugar donde «no había agua para que el pueblo bebiese» (17.1). Una vez más, se quejaron y Dios respondió bondadosamente, dándoles esta vez agua de una roca.

Luego, viene el contexto del presente pasaje. Amalec atacó a Israel. Moisés respondió encargándole a Josué armar un cuerpo de combate para luchar contra los amalecitas. Al día siguiente, Josué condujo a sus hombres al campo, mientras que Moisés, acompañado de Aarón y de Hur, se posicionaron en la cumbre de un collado cercano. A medida que los dos ejércitos se enfrascaban en combate, Moisés levantaba su mano. Siempre y cuando tuviera su mano levantada, Israel prevalecía sobre su enemigo. Eventualmente, sin embargo, se fatigaba y tenía que descansar su mano. «... cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec» (vers.º 11). Aarón y Hur le trajeron una piedra para que se sentara y «sostenían sus manos», sosteniéndoselas hasta que el sol se ponía. Leemos que «Josué deshizo a Amalec y a su pueblo a filo de espada» (vers.ºs 12, 13). Después de eso, de acuerdo al texto, Dios declaró que «[raería] del todo la memoria de Amalec» y que «[tendría] guerra con Amalec de generación en generación» (vers.ºs 14–16).

Si nos preguntamos por qué Dios amenazó a

Amalec con constante castigo y al final los destruyó, la pregunta se contesta en Deuteronomio 25.17–19, donde Moisés escribió que Amalec «... te salió al encuentro en el camino, y te desbarató la retaguardia de todos los débiles que iban detrás de ti, cuando tú estabas cansado y trabajado; y no tuvo ningún temor de Dios» (Deuteronomio 25.18). Los amalecitas no estaban defendiendo su patria. Al igual que depredadores del desierto, se aprovecharon de los más débiles del pueblo escogido de Dios, el cual estaba «cansado y trabajado». ¡Se merecían la ira de Dios!

Dios siguió en guerra con Amalec. Más tarde, después de que pecaron en relación con el informe desfavorable de los doce espías, los israelitas intentaron subir a la Tierra Prometida por cuenta propia y en contra de las órdenes de Dios. En esa ocasión, fueron derrotados por «el amalecita y el cananeo» (Números 14.45). Sin embargo, otros pasajes del Pentateuco anunciaron la destrucción total de los amalecitas (Números 24.20) y requirieron que Israel «[borrara] la memoria de Amalec de debajo del cielo» (Deuteronomio 25.17–19). Primera de Samuel 15 relata que a Saúl se le dio la tarea de destruir por completo a los amalecitas. Saúl no obedeció completamente las órdenes de Dios, así que David aún tuvo que luchar contra los amalecitas (1º Samuel 27.8; 30). Fueron eventualmente destruidos durante el reinado de Ezequías (1º Crónicas 4.41–43).

¿Por qué Dios trató con Amalec de esta manera? La historia de la aversión de Dios para con los amalecitas no responde a la pregunta «¿Por qué?». ¿Por qué Dios, por cientos de años, siguió recriminándoles a los amalecitas el pecado de sus antepasados?

Admitamos rápidamente que no podemos saber con certeza por qué Dios hace lo que hace. Lo que hace es correcto, porque Él es Dios, sin embargo, no podemos estar seguros de Sus razones a menos que revele los motivos. No obstante, podemos hacer las siguientes observaciones: 1) El continuo castigo de Dios a los descendientes de Amalec podría ilustrar lo que quiso decir cuando

dijo que visitaría «la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación» (34.7). 2) El ataque de los amalecitas a Israel en Éxodo 17 podría no haber sido su único pecado. Como tribu guerrera que asediaba a sus vecinos, merecían ser destruidos. 3) Por decir menos, la aversión de Dios para con Amalec pone de manifiesto el hecho de que Dios no tomó a la ligera el maltrato a Su pueblo (como lo demuestran otras pasajes del Antiguo Testamento). Atacar a Israel era atacar a Dios. Los que atacaran a Israel por lo tanto, podían esperar ser destruidos en cualquier momento.

DIOS Y «AMALEC» HOY

¿Guarda Dios rencor hoy en día? ¿Ha condenado algunas naciones a la destrucción total? Dios ya no tiene una nación física que reclame como propia. Él determina el destino de las naciones y puede que decida destruir una nación debido a la crueldad de esta. Sin embargo, si lo hace, no le comunica tal decisión al hombre. No podemos saber exactamente qué está haciendo o por qué lo está haciendo, sin embargo, podemos estar seguros de que Dios está obrando en el mundo. Por lo que nos ha dicho en Su Palabra, podemos contar con dos verdades acerca de la destrucción por parte de Dios.

Dios destruirá a los que persiguen a Su pueblo. El Libro de Apocalipsis enseña esta verdad claramente, al igual que 2ª Tesalonicenses 1.6–9. Dios «guarda rencor» contra quienes se oponen a Su pueblo. Destruirá a los enemigos de Su pueblo sin nuestra ayuda. Nosotros, como pueblo de Dios, la iglesia, no necesitamos tomar las armas para destruir a los enemigos de Cristo. Dios mismo lo hará.

Dios destruirá en última instancia a los pecadores no arrepentidos. Dios se acuerda de nuestros pecados y nos condena por ellos. Mientras permanezcamos pecando, ¡Dios «guarda rencor» contra nosotros! Si mantiene ese rencor, al final seremos destruidos en el fuego eterno.

CONCLUSIÓN

¡Espera! ¡Hay buenas noticias! Por medio de la sangre de Cristo, podemos ser perdonados. Cuando nos volvemos a Cristo— creyendo en Él, arrepintiéndonos de nuestros pecados y siendo bautizados para el perdón de los pecados— Dios nos perdonará. Entonces, podemos experimentar el consuelo de Hebreos 8.12, que dice: «Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades».

CUANDO SOSTENEMOS LAS MANOS LOS UNOS A LOS OTROS (17.1–16)¹

Aarón y Hur sostuvieron las manos de Moisés y los israelitas ganaron la batalla contra Amalec. Este es un buen ejemplo para nosotros. ¡Aarón y Hur animaron al animador! ¡Puede que ocurran situaciones similares en nuestras vidas como cristianos que somos! Estamos en una batalla espiritual (Efesios 6.10–13). Necesitamos la ayuda de Dios y el aliento de los demás para ganar esta batalla. Por lo tanto, debemos 1) dar aliento (Hebreos 3.12, 13) y también 2) recibir aliento (Hebreos 10.19–25).

Tenemos que darle una gran prioridad al reunirnos para adorar juntos, porque es en la asamblea donde recibimos estímulo. El peligro espiritual nos rodea por todos lados. Debido a que el desánimo puede afectar nuestros destinos eternos, los momentos de reunión con nuestros hermanos cristianos son fundamentales. ¡No hay vida en Cristo sin vida en la iglesia!

Dios nos anima por medio del Consolador (Juan 14.1–9, 16), el Espíritu Santo. El término «Consolador» proviene de una palabra griega que quiere decir «abogado, ayudador, alentador». Animémonos unos a otros. Podemos sostenernos nuestras manos conforme vivimos cada día.

CUANDO SE TIENTA AL SEÑOR (17.2, 7)

Cuando Israel «altercó [...] con Moisés» y «murmuró contra Moisés» (17.2, 3), realmente ellos estaban tentando al Señor (17.2, 7). Pusieron a prueba al Señor mostrando duda de que Él estaba entre ellos. Cuando nos quejamos y refunfuñamos por nuestra situación, ¿no estamos tentando al Señor? ¿Dudamos de que Él esté «entre nosotros»? ¿Actuamos como si el Señor estuviera lejos y despreocupado por nuestros problemas? ¡No «tentemos» al Señor como lo hicieron los israelitas!

CUANDO SOSTENEMOS LAS MANOS DE MOISÉS (17.12)

El que Aarón y Hur sostuvieran las manos de Moisés se ha vuelto algo tradicional para referirse al apoyo que ayudantes dan a grandes personajes. Un gran evangelista habla elocuentemente por toda la hermandad, sin embargo, alguien más lo hace posible programando sus citas o haciendo arreglos de transporte para él. Un predicador hace una gran labor en una congregación, sin embargo,

¹ Adaptación realizada de Paul Woodhouse, «Holding Up One Another's Hands» (Cuando nos sostenemos nuestras manos), *La Verdad para Hoy*, (Febrero de 1993): 44–46.

otros le ayudan, por ejemplo, haciendo labores de oficina. Un escritor alcanza la fama, sin embargo, otros escriben por él o le ayudan con su ortografía y gramática. El orador, el predicador, el escritor reciben los elogios, sin embargo, sus colaboradores hacen posible que hagan su trabajo. Si no podemos ser grandes líderes, seamos grandes sosteniendo las manos de aquellos que lo son. Si lo hacemos, nosotros mismos seremos bendecidos por Dios, pese a que nuestras obras pasen desapercibidas por los demás.

EL VALOR DE UN MONUMENTO CONMEMORATIVO (17.15, 16)

Después de grandes ocasiones, el pueblo de Dios frecuentemente construyó monumentos conmemorativos para ayudarles a recordar lo que había tenido lugar. Dios mismo instituyó monumentos conmemorativos (la Pascua y la Cena del Señor) para ayudarle a Su pueblo a recordar su liberación. Tal vez como individuos, familias y congregaciones, debemos elegir «monumentos conmemorativos»

de grandes acontecimientos en nuestras vidas. No debemos añorar el pasado tanto que no podamos seguir adelante, sin embargo, los monumentos conmemorativos pueden ayudarnos a enseñarles a generaciones más jóvenes lo que el Señor ha hecho por nosotros.

AGUA Y ESPÍRITU

En el último día de la Fiesta de los Tabernáculos, en Juan 7, Jesús se levantó y alzó la voz, diciendo: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva» (vers.^{os} 37b, 38). Estaba hablando «del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él» (vers.^o 39a).

En el Antiguo Testamento, Dios proveyó agua física para sustentar a Su pueblo en el desierto (Éxodo 17.6; vea 1^a Corintios 10.4). Bajo el Nuevo Testamento, Jesús ofrece el alimento espiritual que necesitamos (Hechos 2.38; 5.32).

Ian Terry

Autor: Coy Roper
©Copyright 2012, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados